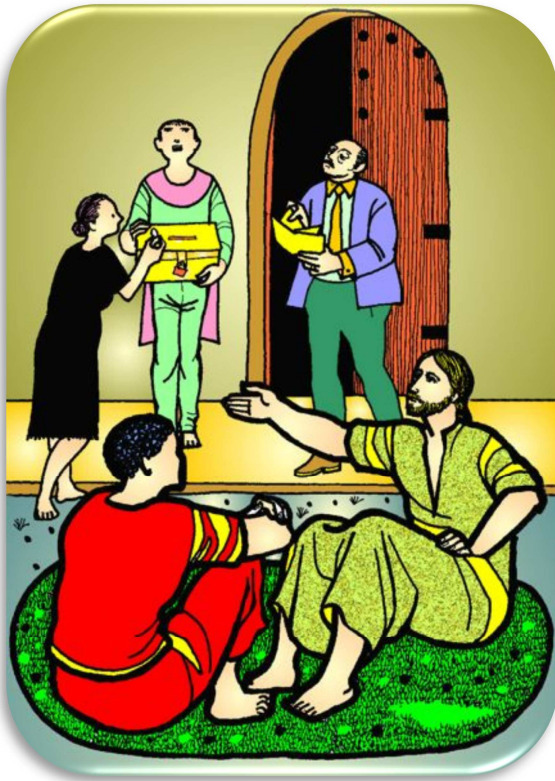


ECOS DE LA PALABRA

Dio todo lo que tenía para vivir

Reflexiones sobre el evangelio de Marcos 12, 38-44 (Domingo 32 del Ciclo B)



El jesuita colombiano Hermann Rodríguez trae en su página **Encuentros con la Palabra** esta historia que me ha llamado la atención para la reflexión de hoy: “En la revista Vida Nueva, se publicó hace algunos años, una historia parecida a la siguiente: Ocurrió en un restaurante de autoservicio de Suiza. Una señora de unos 75 años coge un tazón y le pide al camarero que se lo llene de caldo. A continuación se sienta en una de las mesas del local. Apenas sentada se da cuenta que ha olvidado el pan. Se levanta, se dirige a coger un pan para comerlo con el caldo y vuelve a su sitio. ¡Sorpresa! Delante del tazón de caldo se encuentra, sin inmutarse, un hombre de color. Un negro comiendo tranquilamente. ‘¡Esto es el colmo, – piensa la señora –, pero no me dejaré robar!’ Dicho y hecho. Se sienta al lado

del negro, parte el pan en pedazos, los mete en el tazón que está delante del negro y coloca la cuchara en el recipiente. El negro, complaciente, sonrío. Toman una cucharada cada uno hasta terminar la sopa, todo ello en silencio. Terminada la sopa, el hombre de color se levanta, se acerca a la barra y vuelve poco después con un abundante plato de espagueti y... dos tenedores. Comen los dos del mismo plato, en silencio, turnándose. Al final se despiden. ‘¡Hasta la vista!’, dice el hombre, reflejando una sonrisa en sus ojos. Parece satisfecho por haber realizado una buena acción. ‘¡Hasta la vista!’, responde la mujer, mientras ve que el hombre se aleja. La mujer le sigue con una mirada reflexiva. ‘¡Qué situación más rara! El hombre no se inmutó’. Una vez vencido su estupor, busca con su mano el bolso que había colgado en el respaldo de la silla. Pero, ¡sorpresa!, el bolso ha desaparecido. Entonces... aquel negro... Iba a gritar ‘¡Al ladrón!’ cuando, al mirar hacia atrás, para pedir ayuda, ve su bolso colgado de una silla, dos mesas más allá de donde estaba ella. Y, sobre la mesa, una bandeja con un tazón de caldo ya frío...”

Es probable que nuestra mirada sobre la vida sea muy parecida a la de la señora de la historia pues solemos, antes de analizar la realidad como aparece, pasar rápidamente

a emitir juicios de valor sobre las personas y las situaciones que nos rodean y más si los que protagonizan la historia son los pobres.

Jesús en el evangelio de hoy nos invita a tener una mirada contemplativa de la realidad, a ir más allá de nuestros prejuicios para ver la grandeza de las personas con quienes vamos haciendo el camino. En el barullo de la entrada del templo, cuando la algarabía generada por las donaciones de los ricos era ensordecedora, Jesús se detiene porque escucha el tintinear de una moneda de uno o dos céntimos que ha echado una pobre viuda en el cepillo del templo. **Su mirada va a lo profundo**, a las hondas motivaciones que tenemos los seres humanos para actuar y para relacionarnos con los demás y no cae en la tentación de lanzarse a la carrera a emitir juicios. Si en nuestra vida tuviésemos una mirada contemplativa, como la de Jesús, podríamos ver tantas cosas que hoy pasamos de largo... el sacrificio y la entrega de las madres, la solidaridad que mueve a cientos de voluntarios, el trabajo abnegado de las personas que trabajan con los sectores excluidos de nuestras ciudades, la bondad que hay en tantas personas...

La mirada de Jesús nos permite reconocer la generosidad de los pobres. Como la viuda del evangelio y el negro de la historia, hay cientos de personas que se dejan tocar el corazón por el dolor de los que sufren y se abren a compartir todo lo que tienen. Su generosidad les lleva no a compartir de lo que les sobra sino aquello que para ellos es indispensable. ¡Es la generosidad sin límite!

Cada uno de nosotros podemos encarnar a la viuda del evangelio y compartir con generosidad lo que somos y tenemos. No tiene que ser dinero, eso no es lo más importante, es tener la actitud de salir de nosotros mismos dándonos a los demás y en especial a los más pobres.

Una mirada nueva frente a la vida... una actitud de generosidad que nos haga capaces de compartir... A eso nos invita el Señor y, con su ayuda, ¡¡¡seguro que podemos!!!

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona